

cuencia como justicia, estigmatiza el poeta en versos que conviene recordar á los que echan de menos los buenos tiempos del absolutismo. De aquellos tiempos, Lista, tan moderado en sus opiniones, llega á decir que

Obligación es delatar; dar muerte,
Un acto de heroísmo; las ideas,
Impiedad y ruina;

que sólo se ensalza la *estupidez sanguinaria y dócil*; que es desgraciado quien osa mostrar la *antorcha de la razón*, y que España, árbitra en otro tiempo de ambos mundos, ya pobre é ignorante, es un ludibrio de las gentes.

Pasó, con todo, el fatal decenio al terminar el reinado de Fernando VII. Y aun en medio de la asoladora guerra civil que nos legó al morir aquel monarca, revivieron en España las artes y las letras, y la poesía lírica obtuvo entre nosotros nuevos triunfos.

II

A pesar de no haber habido solución de continuidad en el movimiento intelectual de España, ni menos aún transformación de lo castizo y propio en exótico é importado, no puede negarse que las ideas que prevalecían por toda Europa á fines del siglo XVIII penetraron en España, lo mismo que en Italia, Alemania é Inglaterra, sin que esto presuponga pobreza ó desfallecimiento en el espíritu de las naciones, donde los pensadores franceses llegaron á ser objeto de imitación y de culto.

La protesta contra semejante invasión, más briosa en España que en otros países, prueba cuán arraigados estaban en el alma española su sentir y su pensar esenciales é inveterados.

Los que fueron más rebeldes á este pensar y á este sentir, por hallarse íntimamente imbuidos y con mayor violencia dominados por las ideas nuevas, tuvieron que huir de la patria y tuvieron que renegar de

la fe de sus mayores. Dos claros ejemplos de este extrañamiento y de esta apostasía, fueron D. José Marchena y D. José María Blanco y Crespo. Ambos fueron más eruditos que poetas. Se diría que en las mentes de ambos la irrupción de los pensamientos exóticos, cayendo sobre el fondo de lo español y castizo que por educación habían recibido, produjo confusión y trastorno, y algún desequilibrio en las facultades intelectuales. La diferencia que noto entre los dos es, á mi ver, favorable á Marchena. Prueban su mayor ingenio, y tal vez su más esmerada cultura, así los versos castellanos, singularmente los religiosos, que todavía en un momento de fe compuso, como sus fragmentos apócrifos de Petronio y de Catulo, con tal arte y saber escritos que logró engañar con alguno de ellos á los más doctos críticos de Alemania y de Francia. Marchena nos es asimismo más simpático, porque jamás renegó de su patria y siempre la reverenció y la amó á su modo. Si fué afrancesado, como no pocos otros varones ilustres, fué por imaginar que bajo el cetro de José I España hubiera sido más próspera, poderosa y rica que bajo el dominio de los Borbones. Ni llegó Marchena á aborrecer á España ni á maldecir horri-

blemente de ella, como Blanco la aborreció y la maldijo. Bien es verdad que Blanco no tuvo que *descastarse* sino á medias; pues aunque nacido en Sevilla é hijo de madre española, tuvo por padre á un irlandés llamado D. Guillermo White. Sus versos castellanos no traspasan los límites de una elegante medianía, y si hemos de calificarle de buen poeta necesitamos recurrir á un famoso soneto escrito en lengua inglesa, que, según opinión de Coleridge, es de lo más ingenioso y delicado que en dicha lengua se ha escrito.

Ora fuese por ideas tomadas de libros extranjeros, ora porque el espíritu humano se dejaba arrebatar en aquella época en todos los países de Europa por la misma corriente de opiniones y de doctrinas, no fueron sólo Marchena y Blanco los que llegaron á condenar algo de lo que había informado durante más de dos siglos nuestra civilización castiza; pero esta injusta condenación, lanzada con dureza y haciéndose eco de injurias extranjeras contra España, se apartó pronto de las mentes de los más altos y valientes ingenios, para que se enseñoreasen por completo de sus almas el más acendrado y fervoroso patriotismo y la estimación más subida, en toda la pro-

longación de la historia, del pueblo de que formaban parte. Unido esto al amor entusiasta por la libertad, á las nobles aspiraciones y esperanzas en el progreso humano y á la creencia en la soberanía del pueblo y en otros generosos principios liberales y democráticos, se diría que hizo surgir una poesía nueva: cantos inauditos ó que nada semejante tenían desde los tiempos de Simónides y de Tirteo. Con cuerdas de mayor resonancia se enriqueció la lira. La antigua musa de Grecia, la que cantó la hazaña de las Termópilas, la que para galardón de los héroes tejió, en inmarcesibles guirnaldas,

Lauros de Salamina y de Platea
Que crecen cuando lloran los tiranos,

apareció rejuvenecida en nuestro suelo, oteando horizontes más dilatados y luminosos, y con la amplitud de miras de la edad moderna.

Sin lo que ahora llamamos *genio*, prodigando á menudo lo que el vocablo significa, el gran poeta no es posible que nazca. Aquella bondad egregia que pone Quintiliano como primer requisito para ser gran orador, ya Estrabón la había puesto antes en idéntica sentencia, si se exceptúa una sola palabra, para ser gran poeta:

..... Quien á los ecos
De virtud y de gloria no se inflama,
Ni al tierno sollozar del afligido
Súbito llanto de piedad derrama;
El que al público bien ó al patrio duelo,
De gozo ó noble saña arrebatado,
Cual fuego que entre aristas se difunde,
O como chispa eléctrica invisible
Que en instantáneo obrar rápida cunde,
Su corazón de hielo
Hervir no siente en conmoción secreta,
Ni aspire á artista, ni nació poeta.

Todo esto es verdad innegable; pero no basta el genio, no basta el estro. La bondad egregia de que habla Estrabón no puede por sí sola evocar eficazmente al numen poético y lograr su maravillosa y refulgente *teofanía*. Se necesitan además circunstancias exteriores: el medio ambiente, el entusiasmo general y la pasión veheméntísima de todo un pueblo, que el poeta comparte y que formule luego con la expresión más nítida y con la sobria y magistral firmeza que hace las obras inmortales.

Quiero yo significar con lo dicho, no que D. Manuel José Quintana y D. Juan Nicasio Gallego fuesen, por el propio ser y virtud de ellos, los mayores líricos de España, si se exceptúan los que se inspiraron, en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RUIZ"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

antiguas edades, en un hondo sentimiento religioso, como San Juan de la Cruz y fray Luis de León; ni que apenas tengan rival tampoco entre los líricos contemporáneos extranjeros, en las cuerdas que ellos tocaron, no porque valían más, sino porque, sobre valer mucho, llegaron á tiempo y aparecieron en una nación que despertaba de prolongado letargo, y llena de vigor y de nobilísimas esperanzas surgía á vida nueva. Si el vigor valió para poco, si las esperanzas se desvanecieron pronto, si la gloria se marchitó sin fruto, si la heroicidad y el sacrificio sólo recibieron negra y brutal ingratitud en pago, esto ni Quintana ni Gallego lo prevenían al escribir *Al armamento de las provincias españolas, á España después de la Revolución de Marzo, El Dos de Mayo* y *A la influencia del entusiasmo público en las Artes*. Dicha fué de ambos poetas la de vivir y florecer en tan alta ocasión, y mayor dicha la ceguedad imprevista que les ocultó el porvenir y conservó la inspiración de ambos entera y robusta.

Esta inspiración no pudo ser, por su origen, ni más popular ni más española. Evocados por el poeta, acudieron á acompañar en coro su enérgico canto, á maldecir *al fiero Atila de Occidente*, y á combatir *al ti-*

rano de la culpable Francia, los más gloriosos héroes de nuestra antigua historia. El poeta los ve y los hace ver á su pueblo.

.....En el Betis

Ved del tercer Fernando alzarse airada
La angusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada,
Y allá sobre los altos Pirineos,
del hijo de Jimena
Animarse los miembros gigantesos.

Fuerza es confesarlo: esta poesía de Quintana y de Gallego, tan popular por su origen como queda dicho, nunca fué popular en su fin; nunca llegó ya formada al pueblo del que informe había procedido. Más leídos, más comprendidos, más sabidos de memoria fueron otros poetas de entonces, de notable mérito á la verdad, pero harto inferiores y con no pocos descuidos, vulgaridades y resabios de copleros. Así, por ejemplo, D. Juan Bautista Arriaza, singularmente en sus versos amatorios, y D. José de Vargas Ponce en su chistosa y festiva *Proclama del solterón*.

Terminada la guerra de la Independencia y vuelto á España y restaurado en su trono Fernando VII *el Deseado*, empieza un pe-

ríodo lamentable que dura casi veinte años, hasta 1834. El feroz despotismo, sostenido, solevantado y estimulado por una frenética demagogia frailuna, apenas se comprende cómo no logró sepultar á España en la más estúpida barbarie. Las cárceles, el patíbulo ó la emigración fueron el premio de los más ilustres patriotas.

Condenada la *funesta mania de pensar*, casi no fueron favorecidas por el Gobierno otras escuelas que las de tauromaquia. Si durante aquel funestísimo y despótico reinado hubo un intermedio de libertad, la libertad se trocó en licencia, en convulsiones estériles, en desórdenes, motines y apasionada anarquía. Entonces se desbarató y tuvo lastimoso remate nuestro imperio en América, perdiendo cuanto poseíamos, desde Tejas y California hasta el estrecho de Magallanes; y por último, á la muerte del Rey nos quedó como herencia una larga y costosa guerra civil, que pudo bien añadir la pobreza y hasta la miseria á la ignorancia y al atraso. La obstinada lucha entre liberales y serviles, y el alboroto y tumulto que producía, penetraron desde la superficie hasta las más hondas capas sociales, disipando y haciendo imposibles aquella paz y aquel reposo de que tal vez había gozado

el vulgo, sumido en sueño inerte aunque plácido, antes de que lo sacudieran y lo removieran todo las opuestas ideas revolucionarias y reaccionarias, la guerra contra Napoleón, y la terca y ulterior contienda entre un antiguo y un nuevo régimen, en gran parte imaginados y utópicos ambos.

Se diría que aquella placidez casi infantil de los humildes y modestos, de los no envidiosos ni envidiados, antes de desaparecer por completo arrollada por las nuevas y tremendas agitaciones, se personificó en el bondadoso y dulce varón evangélico, autor de *El observatorio rústico*, de inocentes y amorosos idilios y de no pocos epigramas sin hiel, llenos de malicia cándida y alegre.

El epitafio que para D. Francisco Gregorio de Salas escribió en 1808 D. Leandro Fernández de Moratín, sobre ser una composición que por su conciso y primoroso estilo logra expresar con singular eficacia los sentimientos más delicados, tiene, á mi ver, algo de simbólico; parece la despedida melancólica que se da al espíritu sosegado de España suavemente dormido en sus ilusiones y creencias de antiguos días.

En esta veneranda tumba, humilde
Yace Salicio: el ánima celeste,

Roto el nudo mortal, descansa y goza
Eterno galardón. Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambición remoto,
Al trato fácil y á la honesta risa,
Y del pudor y la inocencia amigo.
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.
Su corazón, como su lengua, puro,
Amaba la virtud, amó las selvas.
Dióle su plectro, y de olorosas flores
Guirnalda le ciñó, la que preside
Al canto pastoril, divina Euterpe.

A pesar de la comprensión intelectual de que se valieron los absolutistas durante casi todo el reinado de Fernando VII, comprensión suspendida sólo en los tres años del 20 al 23, para dar lugar á un período de violencias y estériles tumultos, el manantial de la cultura propia y castiza ni se agotó ni se paró; antes bien siguió manando y corriendo, aunque en cierto modo oculta y subterráneamente, como corren el Guadiana y otros ríos, hasta surgir de nuevo sobre el haz de la tierra con más limpio y abundante caudal de frescas y cristalinas ondas. Lo que se llamó romanticismo pudo ser traído de tierras extrañas, pero en nuestra propia tierra se preparó todo desde mucho antes para recibirle, cultivarle y hacerle dar sazonado fruto. A fines del

siglo XVIII y en el primer tercio del siglo XIX, hubo en España poetas románticos, antes de que llegasen hasta nosotros la fama de Víctor Hugo y de Alejandro Dumas, las novedades y los atrevimientos poéticos de Walter Scott y de Byron y la estética y la crítica flamantes de Lessing y de Guillermo y Federico Schlegel.

El entronizamiento del pseudo-clasicismo no cohibió á D. Nicolás Fernández de Moratín para que escribiese las preciosas quintillas *Fiestas de toros en Madrid*, y los romances *Abdelcadir y Galiana*, *Empresa de Micer Jaques Borgoñón* y *D. Sancho en Zamora*, romances cuyas ricas galas y cuya inspiración genuina y lozana envidiarían Góngora y los autores de las más estimadas joyas del *Romancero*.

Aquella idea que parece presidir á la publicación que hizo Batteux de las cuatro poéticas, suponiendo, en correspondencia con ellas, cuatro siglos de alto florecimiento literario, el de Pericles, el de Augusto, el de León X y el de Luis XIV, fuera de los cuales no se veían sino tinieblas, ignorancia y mal gusto, no entibió el afán de investigación, ni el esmero entusiasta con que D. Tomás Antonio Sánchez dió á la estampa los poetas españoles anteriores al si-

glo xv, y con que el padre Fr. Martín Sarmiento estudió los orígenes de nuestra poesía, y D. Leandro Fernández de Moratín los de nuestro teatro.

Don Bartolomé José Gallardo, y más tarde D. Pascual Gayangos, D. Serafín Estévez Calderón y otros bibliófilos, recogieron con veneración y amor los antiguos y olvidados libros de nuestra literatura de los siglos xvi y xvii, y consagrándose á su lectura trajeron de nuevo á nuestro idioma la riqueza y el carácter antiguos y no pocos de los giros, frases é idiotismos que le fueron peculiares. Fuente de inspiración fué el trabajo erudito para ellos. Gallardo compuso versos como los titulados *Blanca-Flor*, que parecen propios del más gentil poeta de principios del siglo xvi, y Estévez Calderón, además de darnos en las *Escenas andaluzas* un dechado de rico y castizo lenguaje en prosa, escribió poesías que hubieran prolijado con orgullo los más brillantes y refinados ingenios de la corte de Felipe IV. Así *La miga y la escuela* y *La niña en feria*.

Entre los más egregios precursores, ó como si dijéramos profetas del romanticismo, descuella D. Agustín Durán, el príncipe de nuestros críticos en la primera mitad

del siglo xix, el encomiador y defensor de nuestro teatro y el coleccionador de nuestro incomparable *Romancero*. Poeta también por la erudición y por el entusiasmo que el romancero le infundía, compuso las dos preciosas leyendas en romances, tituladas *Las tres toronjas del verjel de amor* y *La Infantina de Francia y el hijo del Rey de Hungría*.

A dar más verdadero color á las narraciones poéticas de los musulimes españoles, y á que perdiesen el aparato convencional de los romances moriscos, contribuyó también el estudio erudito de los arabistas, entre los que se adelanta el tal vez injustamente censurado D. José Antonio Conde. Al mismo fin pudo valer también el ilustre prócer y general Conde de Noroña, ya con su poema *Ommiada*, aunque poco dichoso y menos leído, ya con sus poesías árabes y persas, traducidas en verso castellano del inglés y no de las originales lenguas asiáticas.

La afición á la docta antigüedad clásica, grecolatina, no hizo tampoco que se olvidase ni que se descuidase el estudio de la Biblia como fuente de inspiración poética. De ello dió claro ejemplo D. Tomás José González Carvajal, así con sus traducciones de

los Salmos, como con sus poesías religiosas originales, donde, á pesar de la sencillez del estilo, que toca á veces en desmayado y prosaico, hay vivo fervor y no poco de la pompa majestuosa, de las galas y de la riqueza oriental de imágenes que adornan las Sagradas Escrituras.

Otro elemento del romanticismo, percibido en España mucho antes de que el romanticismo viniera, fué la sensibilidad enfermiza, algo de soñador y de tétrico, y un pesimismo ya lánguido, ya desesperado, que inducía á buscar la diaventuranza en pasados tiempos fantásticos: en una imaginada edad de oro que ya se ponía en las primitivas selvas, ya en siglos de mayor fe y de menos reflexión y refinamientos. No cabe discutir aquí si la lectura de Juan Jacobo Rousseau produjo este modo de pensar y de sentir en el alma de D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos. A veces corren por el aire los gérmenes de las epidemias, y se dan casos de ellas en opuestos países sin necesidad de que el mal se trasmita por contagio. Tal vez preparada la tierra por idéntico aspecto de los cielos y por parecida disposición de los astros, produce con espontaneidad frutos semejantes sin que la semilla se traiga de diverso suelo, se

siembre y se cultive. Como quiera que sea, es indudable que en Cienfuegos hay cualidades y propensiones que parecen nacidas de la admiración al autor de *Las confesiones* y de *La nueva Eloísa*; la malquerencia hacia el presente estado social, el descontento crítico de la actual defectuosa civilización y el amor fervoroso á la soledad, á las primitivas selvas y á un vago ideal de vida rústica y sencilla. Pero también es indudable, aun suponiendo que Cienfuegos se inspiró en Rousseau, que acertó á beber en aquella fuente, destilando lo que bebía á fin de purificarlo, ó interponiendo un bienhechor filtro mágico, donde quedaron las impurezas y el veneno, el feo cinismo, la perversión moral y no pocas vergonzosas rarezas.

Más original y castizamente romántico, sin que en sus versos se noten huellas de lo extranjero ni tampoco de obras españolas de otras edades, fué el singular poeta don Nicomedes Pastor Díaz, que apareció en los albores del florecimiento romántico y trajo de la mano y presentó al público al más característico vate de la nueva escuela: al insigne D. José Zorrilla. El prólogo que á las poesías de éste puso D. Nicomedes contiene en cifra toda su estética, toda su

filosofía del arte. Fervoroso creyente don Nicomedes, no puede entregarse á la desesperación; antes prevé y anuncia, aunque para vago, incierto y quizás remoto porvenir, una era dichosa de paz y de fraternidad entre los hombres de todas las naciones y razas, que tendrán comunión de pensamientos y creencias, y que, precedidas del mismo estandarte, irán ascendiendo á más lucientes esferas. Los poetas son para don Nicomedes los hierofantes del linaje humano. Sus invenciones y sus ensueños preceden á la ciencia discursiva y van abriéndole camino. Tal es la soberana y semidivina *misión* de los poetas. Un momento hubo en que D. Nicomedes se creyó también con *misión* y como enviado del cielo. Pero, al aparecer Zorrilla, D. Nicomedes le reconoce por el verdadero enviado, renuncia á su *misión* y se retira con modestia.

Entretanto, ya sea Zorrilla el que tiene *misión*, ya la tenga también D. Nicomedes, los tiempos presentes, según D. Nicomedes los describe, no pueden ser más calamitosos. «En el estado actual de nuestra indefinible civilización, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la filosofía y la religión, ha perdido su tendencia unitaria y simpática; por-

que no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye y de lazo que á la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hacia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hacia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una región en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde, aun á despecho de la filosofía y del egoísmo, un corazón palpita y un espíritu inmortal vive.»

Resulta de aquí que para D. Nicomedes la poesía posible en su tiempo era puramente *subjetiva*. No surgía sobre el haz de la tierra como claro manantial en cuyas ondas el cielo refleja su azul y el sol sus rayos de oro, sino que era menester buscarla hundiéndose en el obscuro abismo de nuestro espíritu, cuyo aislamiento hace del sér humano el más miserable y desgraciado de todos los seres.

En consonancia con este concepto del arte y de la vida, los versos de Pastor Díaz son lúgubres, melancólicos, quejumbrosos y *nocturnos*. *La mano fría* de la razón viene á posarse sobre su frente calenturienta en

la obscuridad de la noche, y despoja de todas sus galas á la Naturaleza vista por él, y marchita las flores, y envuelve en negro crespón el ambiente diáfano, y convierte á los hombres en esqueletos y á las más lindas muchachas en *desechadas momias*. Ya se comprende que, si la razón ha de ejecutar en nosotros tan diabólicas travesuras, más vale ser locos que cuerdos. Más triste aún y más aterradora que *La mano fría* es otra visión que persigue por todas partes al poeta: es una *negra mariposa*, sombra de una mujer muerta. Pero la más tremenda de las visiones de Pastor Díaz, la que lleva en su seno y da ser á las demás visiones, es la propia, colosal y fantástica musa, que se le aparece, flotando sobre el mar, agitado entre tempestuosas tinieblas, interrumpidas sólo por los relámpagos. Esta musa sella su frente con mortífero beso, y le consagra y predestina para siempre al dolor y á cantar sólo el rigor de la suerte, ternuras inútiles y

La soledad, la noche y las dulzuras
De apetecida muerte.

Cuando consideramos que D. Nicomedes Pastor Díaz, sobre ser un egregio poeta á pesar de sus fúnebres extravagancias, fué

también elocuentísimo orador y discreto y fecundo prosista, hombre de Estado de alto crédito, lisonjeado por la fama, encumbrado por la fortuna á las más altas posiciones oficiales, y estimado y querido de la generalidad de las gentes por su amena conversación y apacible trato, casi nos inclinamos á creer que en sus espantables melancolías entró por mucho la moda, aunque también se explique y pueda atribuirse en gran parte á lo delicado de su salud, que afligió mucho su vida, terminándola en muerte hasta cierto punto prematura.

Por dicha, distaron no poco de ser tan lastimeras como la voz de D. Nicomedes las de los demás poetas de aquel período; período que bien pudiéramos imaginar como repentina primavera que de improviso derrite la apretada capa de nieve bajo la cual ha crecido misteriosamente la hierba, y nos la muestra lozana y verde, cubriendo los campos y prometiendo la próxima aparición de mil lindas y tempranas flores. A pesar de las discordias civiles, el principio del reinado de Isabel II fué como luciente aurora de un día alegre, á quien hacen salva los pajarillos con variados gorjeos, trinos y *pitadas*. Hubo ruiseñores y jilgueros á bandadas, pero hubo también aves noctívagas,

lechuzas y buhos que se habían acostumbrado á exhalar sus silbos agudos y sinietros en la larga noche del ya pasado absolutismo.

No todo, sin embargo, prometía ventura en la nueva era. Y menos aún que ventura, prometía sosiego. Se cuenta que el mismo rey Fernando VII lo había pronosticado en frase tan gráfica como poco poética, comparándose al tapón de una botella de cerveza que, no bien se quitase, dejaría al fermentado líquido brotar espumante y derramarse por donde quiera en estrepitoso desorden.

Cerradas las universidades y mirada de reojo y con recelo la ciencia especulativa, casi nos atrevemos á presumir que no había por entonces muy notables sabios y filósofos en España: todo muy por bajo de lo que hubo en la Edad Media, así entre cristianos como entre judíos y musulimes, y de lo que hubo en la edad triunfante y católica de nuestra gloriosa expansión. Nada al nivel de Vives, Suárez, Victoria, Melchor Cano y Domingo de Soto. Por el lado de lo experimental y práctico no nos señalábamnos tampoco, ni tal vez nos distinguimos todavía. Cuantos son los inventos, artificios y maquinarias para coser, para guisar, para

mover las cosas por vapor ó por virtud eléctrica, para enviar á largas distancias palabras y sonidos, para guardarlos en una urna y reproducirlos á nuestro antojo, para copiar los objetos valiéndose de la luz, etcétera, etc., todo se ha inventado fuera y todo ha venido de fuera.

La palabra propia nuestra ha sido, es y será, no obstante, poderosa y fecunda. ¿Y dónde mejor que en la poesía había de mostrar su fecundidad y su poder, así en su uso como en su abuso?

Prolijo y difícil sería investigar aquí las causas; pero bien podemos afirmar que no hay nación de Europa donde la poesía, y especialmente la lírica y la narrativa, no haya florecido, tanto ó más que en cualquiera otro siglo, en el siglo XIX. Con mayor motivo en España ha ocurrido lo mismo que en las demás naciones. Y si en otras artes, disciplinas y ejercicios España quedó rezagada ó bajó de nivel, en esto de la poesía se mantuvo, á mi ver, ó se elevó tan alta, como los pueblos más cultos, más ricos y mejor dotados de una brillante literatura. Lo que en la nuestra se advierte de incompleto y defectuoso, tal vez no proviene de mengua de inspiración natural, sino de la escasez de aquellos elementos extraños

10504

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
19da. 1625 MONTERREY, MEXICO

que acuden en auxilio del ingenio, que le prestan alas, y que, combinándose con los ensueños de la fantasía y con los pujantes sentimientos del corazón, enriquecen, digámoslo así, la sustancia exquisita, las perlas, los diamantes y el oro con que la poesía labra sus joyas.

De todos modos, y deplorándolo á par que de ello estemos también ufanos, acaso es la poesía lírica y narrativa el mejor y más sazonado fruto que en el siglo XIX ha dado la cultura española. No se extrañe, pues, que para tratar de él y para encomiarle como merece, nos extendamos en este somerísimo estudio mucho más de lo que nos habíamos propuesto.

III

Al empezar el reinado de Isabel II, la revolución literaria del romanticismo coincidió con la revolución política. Grandes fueron entonces la vida y la actividad de los espíritus, manifestándose acaso en la poesía lírica antes que en nada, porque dicha poesía parece como que no requiere preparación, es espontánea y da frutos pronto y con poco cultivo. ¿Quién no tiene algo de poeta lírico en su alma? Nada más fácil, pues, que componer versos, pero nada más difícil que componerlos buenos, y nada sobre todo más raro, en cualquier país y singularmente en España, donde se lee poco, que llamar la atención con esta clase de obras y ganar por ellas popularidad, gloria y provecho. De aquí que á los poetas líricos se les pueda aplicar mejor que á nadie, en sentido meramente mundanal, aquello de que *muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Porque no basta escribir bien; menester es además que halle quien escri-